



**YO, BEATO**  
O CÓMO RESUCITAR A LA PATRIA Y ACABAR  
CON LA DECADENCIA POSMODERNA



Título: *Yo, Beato. O cómo resucitar a la patria y acabar con la decadencia posmoderna*  
Primera edición: mayo 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.  
Dirección: Manuel Arcas Castillo.  
Coordinación: Ana Martínez Castillo.  
[www.inlimbo.es](http://www.inlimbo.es)  
[www.facebook.com/InLimboEdiciones](https://www.facebook.com/InLimboEdiciones)

Del texto: © Miguel Antonio Chávez  
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.  
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)  
Corrección: Juan García Rodenas.  
Maquetación: Rosa Aguilera García  
Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.  
Prólogo: © Andrés Neuman.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.  
[www.cofassa.es](http://www.cofassa.es)

ISBN: 978-84-121675-8-0  
Depósito legal: AB 247-2021  
IBIC: FA

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.

MIGUEL ANTONIO CHÁVEZ  
**YO, BEATO**  
O CÓMO RESUCITAR A LA PATRIA Y ACABAR CON LA DECADENCIA  
POSMODERNA



**InLimbo**  
Narrativa

*Para Blanca Grace, amoris et vitae magistra*

## Prólogo

Un delirio libérrimo. Un compendio de herejías. Y también un divertimento aterrador, considerando los patriarcas, teócratas y líderes alfa que vuelven a copar nuestro planeta. Las alucinaciones de esta novela (empezando por esa suerte de expaís donde se desarrolla la acción) tienen tanto de sátira política como de premonición posapocalíptica. Quedan así retratadas ciertas fuerzas colectivas de magnitud proporcional a su espanto. En otras palabras, «la destrucción de lo que somos incapaces de construir».

Pero la mayor de las desobediencias del autor es esencialmente narrativa: no hay mordaza ni canon que silencie las pulsiones de su imaginación. Sus lectores nos acercamos al texto con curiosidad y asombro, a semejanza de ese personaje que, encorvado en el escritorio, «mira la pantalla como si tratara de descifrar un jeroglífico». Una vez adoptado su radical lenguaje, volamos por su historia (y por la Historia que impugna) con la ligereza del atuendo de la madre Brígida: «como un fantasma que aún desconoce su destino».

La libertad formal y las licencias expresivas de Miguel Antonio Chávez se proponen golpear todo eso que —invocando al legendario poeta Asunción Silva— podríamos denominar el estómago literario de lo político:

las convenciones tranquilizadoras, la urbanidad estilística, lo estéticamente correcto. Nada de ello sale indemne del vendaval de estas páginas.

Andrés Neuman

## Prefacio

Ochenta años atrás, Gabriel García Márquez mencionó en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura al presidente Gabriel García Moreno, quien gobernó el Ecuador por casi dos décadas como tirano y fanático religioso hasta su asesinato, durante el siglo XIX. Destacó que el cadáver del gobernante fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones, sentado en la silla presidencial.

Nadie en ese país se imaginó que alguien en el siglo XXI se atrevería a imponer una teocracia y revivir el sueño truncado de García Moreno. Esa persona fue Graciano Moreno-Lange y su proyecto político, la República del Sagrado Corazón de Jesús. A diferencia de estudios de caso como el de Jair Bolsonaro en Brasil, la teocracia de Moreno-Lange sigue siendo uno de los episodios menos estudiados de la historia política hispanoamericana de la primera mitad del siglo XXI.

Ante tal carencia, me quedaban dos caminos: reconstruir la verdad histórica o simplemente dejarme llevar por el ímpetu de la ficción. Como no soy historiador ni político, me decanté por lo más predecible.

Agradezco al Instituto de Estudios Políticos Donald J. Trump y a la Residencia de Escritores Kim Jong-Un, quienes hicieron posible el incentivo económico que me permitió

escribir en paz mientras el país que alguna vez fue mío seguía  
ardiendo en llamas.

Moe Schavezstein  
Pyongyang, 9 de diciembre de 2062

*Ensalzar al Creador es ensalzar a sus instrumentos.  
Dios, mi amigo, nunca ha sido democrático.  
José B. ADOLPH  
Mañana, las ratas*

Parte I



*Cuando oigo sus palabras en mis oídos,  
ahí es cuando pienso en mí.  
Werner HERZOG  
También los enanos empezaron pequeños*

## Miratis Purislinga

1.

Miratis se pone de pie y el Dr. Vela hace una señal para que las enfermeras le limpien el vómito. Esto era parte del procedimiento usual del médico para monitorear a los pacientes a su cargo en el Instituto de la Misericordia. El Dr. Vela lo manda a llamar de nuevo a Miratis para hacerle una prueba extra, una que se le ocurrió implementar esta mañana a modo de prueba de aptitud. Era para atender un pedido de última hora del convento de las Siervas Custodias. Ayudante de limpieza y jardinería, especificaba el escrito firmado por la madre superiora. El doctor tiene en la izquierda un cronómetro, y en la derecha, un plato común de porcelana. Una enfermera le da a Miratis escoba y recogedor. En cuestión de segundos, el Dr. Vela pasa de una expresión impasible al súbito movimiento de su mano derecha, haciendo añicos el plato en el piso de baldosa.

¡Ahora!, le grita a Miratis, y acciona el cronómetro.



LEVÁNTATE, MIRATIS, haz lo que te dicen si no no saldremos de aquí. Después por qué te quejas diciendo qué hice yo, por qué me tienen aquí: ¿de qué otra forma quieres que te lo diga? No estás aquí por un crimen, ni por un delito, sino por alterar el orden público en tu ciudad, dentro de un parque que es parte de una zona regenerada. Y lo alteraste, porque en un parque cercado y vigilado por los guardias de una fundación privada nadie se espera que aparezca de la nada alguien de un metro veinte de estatura. El susto que se pegarían los turistas, pobrecillos, no podemos permitirlo, es como si dejáramos que vieran a los mendigos. Así piensa esta gente. Tremenda absurdez. A ver, dime, ¿qué de lo que ocurre en este país no es absurdo? Acuérdate, ahí mismo en el parque, el tipo que intentaba reparar el pinchazo de su bicicleta y el guardia no lo dejó y le dijo que mejor lo hiciera en la vereda de enfrente. El tipo no solo se fregó por su pinta de pobretón sino también por tener una bicicleta como aquella que, para tu ciudad, equivale al tipo de bici de alguien a quien no le alcanza ni para un carro de segunda mano. Una bici que, lejos de darle al entorno un detalle ecológicamente amigable, lo afeaba. ¿No me entiende, señor? Al frente, le dijo el guardia, no, no puede quedarse aquí, mi jefa siempre mira las cámaras de vigilancia y me va a llamar la atención. ¿Me está jodiendo? No, señor, en serio, tenga la bondad de irse. Y al tipo no le quedó otra que agarrar su cachivache y cruzarse la avenida esquivando cuanto carro y bus se le viniera encima a pesar de la luz roja, tú mismo lo viste. Al menos a él se lo advirtieron, a ti no. Te pillaron y zas. Pudiste haberte ocultado debajo del puentecito de madera del estanque, te mojabas un poco o te tragabas un pez y ya, ¿cuál era el problema?; o pudiste haberte subido a una de esas palmeras que a leguas se nota que las arrancaron de Miami y las trasplantaron en ese parque, en medio de un entorno extraño para ellas, de la misma forma que hicieron en la época de García Moreno cuando trajeron los pinos de Europa, pero no se te ocurrió nada, tu mente se blanqueó, ¿cuándo dejarás de ser así? [Ok, ya entendí], no te blanquees

ahora y escúchame: reza lo que tengas que rezar, come todos los pegotes que tengas que comer, y responde al doctor todas las preguntas que te haga. Si te vuelve a mostrar el dibujo del test de Rorschach y te parece que la mancha se ve como una orquídea aplastada, di que ves una orquídea aplastada, si se ve como el hueso sacro, di que ves el hueso sacro, di lo que tengas que decir pero no hables de más. Ni se te ocurra. Si descubrieran que me puedes escuchar seguro te practican una lobotomía, qué digo una: dos o tres. No vale. No al menos hasta encontrar una forma de salir de aquí. Levántate, Miratis, la descarga eléctrica tampoco estuvo tan fuerte en esta ocasión, la culpa fue tuya por fallar en tres preguntas seguidas: te dije las respuestas y no me hiciste caso [Mmm]. En este pabellón hay que saber cuándo es el momento para actuar, y la única forma de saberlo es cuando lo tienes frente a ti, como la vez que viste esa rata que salió en medio del cesto de ropa sucia y tú solo la miraste, te cagaste de miedo, sudaste, nunca habías visto una de ese tamaño, y la rata en vez de huir te miró muy fijo, movió sus bigotes como analizándote, curioso este humano, con cara, caderas y culo de adulto pero con tronco y brazos de niño, quizá esa desproporción lo hace caminar como muñeco de cuerda, no me da miedo, me podría medir con él, ¿qué se creará, que solo él es capaz de ser bípedo?, si cinco de los míos y yo estuviéramos realmente muertos de hambre podríamos derribarlo sin problemas, un mal golpe en la cabeza y lo demás sería nuestro festín [Ya, oye, basta]. Tu momento para actuar es ahora, esto es como el box, te desplomaste y te tienes que levantar, y yo soy el que te dice arriba carajo no te rindas, responde lo justo, ni muy poco como para que parezcas un imbécil, ni demasiado como para que crean que eres una lumbrera; porque si te portas como lo primero les estás dando una excusa seudocientífica para retenerte de por vida, quizá el único momento en que sonrías será cuando las reinas de belleza y los políticos te den un regalo por Navidad y se tomen una foto contigo para la página de sociales, oh, miren, hasta él se merece una

feliz Navidad, agradecemos al Instituto de la Misericordia por permitirnos dar al menos un mínimo instante de alegría a estos seres marginados que son los que algún día heredarán el reino de los cielos. Y si te portas como lo segundo, pensarán que... no, no pensarán nada, les resultaría perturbador, o sea, si a Jesús, portándose como se portó lo trataron así, ¿crees que no lo hubieran crucificado de haber sido enano? Dale al César lo que es del César: respóndele al doctor lo que quiere escuchar, síguete la corriente, no te olvides que sea como sea tienes que entrar a ese convento, Miratis, adentro tendrás una misión, la misión para la que te he elegido, a ti entre tantos, país de mierda, bum bum bum, el futuro de este país de mierda está en juego, el doctor hará algo, y tú actuarás rápido, el convento, ya sabes, el convento [Ya sé], ya sé, ya sé, siempre dices ya sé, y no sabes nada, yo sí sé, yo obro de maneras misteriosas, tú eres mi instrumento preciado, nadie está del todo preparado cuando lo elijo para una misión, qué digo del todo, nadie está listo en absoluto, y te preguntarás por qué, porque de eso mismo se trata, Miratis, yo hago posible lo imposible, yo soy el principio y el fin, yo te elegí a ti, y yo sé que la oportunidad que hemos esperado se acerca, la solución para no volver a este lugar de mierda es logrando entrar en el convento, el convento, el convento, el convento [Lalalala], país de mierda qué han hecho con él bum bum bum levántate Miratis ya estamos muy cerca aunque te pongas necio y no creas estamos muy cerca ni se te ocurra decirles que puedes escucharme si no habrá lobotomías y si no sales de aquí chao misión no hay sentido estamos muy cerca lo sé yo no ando como tú Miratis diciendo ya sé ya sé y luego no sabes nada yo sí sé yo obro de maneras misteriosas

punto



Miratis se pega un susto ante la orden abrupta del médico, retrocede instintivamente, pero reacciona rápido y recoge hasta el último fragmento. Hay un tacho de basura en la otra esquina de la sala, adonde debe correr de inmediato sin dejar caer un solo gramo de polvo. El Dr. Vela, encargado del Pabellón para los Defectuosos Genéticos, se acuclilla y no le quita la mirada a Miratis. Contempla y piensa.

Ha procedido lo más rápido posible, sobre todo porque mañana es el Día del Martirio del Beato y todo el país se paraliza, más que en Viernes Santo o Nochebuena. Del mismo modo que el personal religioso del Gobierno, seguramente las monjas de clausura de aquella congregación también estarán muy ocupadas conmemorando a su manera. Se conoce por las noticias que se han extremado las medidas de seguridad en los actos de congregación masiva, en vista de los atentados de estos últimos meses.

El Dr. Vela se va de la sala de evaluación y camina por un pasillo. En un recibidor está el escritorio de una señora encorvada que mira la pantalla con tal intriga como si intentara descifrar un jeroglífico.

Josefina, redacte el oficio para la madre Brígida: ya tenemos a la persona para el trabajo.

Sin quitar sus ojos del monitor, la señora pregunta como si ya supiera la respuesta: ¿Miratis Purislinga?

El doctor observa unos segundos a Josefina, con la misma impasibilidad que tenía justo antes de estrellar el plato frente a Miratis. Luego abre la puerta y entra en su oficina. Está a punto de dejarla abierta, pero lo piensa un segundo y la cierra. Camina los metros que lo separan de su escritorio, haciendo sonar los tacones de sus zapatos Oxford hasta que, de pronto, algo lo detiene. Lo deja en silencio. Y mira unos cuarenta y cinco grados, hacia donde está la única pintura de esas cuatro paredes, un cuadro en forma de dos paneles que le llama la atención por sus patrones geométricos, por una variación gradual en los tamaños, además de los detalles minúsculos y

obsesivamente minuciosos de cada sección. Qué se diga de los colores, que no son muchos, pero los suficientes como para dar pie a la perplejidad. El Dr. Vela no es un gran conocedor de pintura, pero a juzgar por la expresión en su rostro, no sería sorpresa si aquel fuera el único cuadro que decidiera salvar de un incendio o llevarse a una isla desierta. Es la réplica de un cuadro pintado en 1994 por la Dra. Anne Adams, una científica canadiense convertida luego en artista.

2.

El Día del Martirio del Beato se celebra por decreto presidencial desde 2027, en el país que antes se llamaba Ecuador. El expresidente Gabriel García Moreno fue beatificado ese año por el papa Pío XIII, y desde entonces todo el mundo lo conoce como el Beato Gabriel. En aquella ceremonia en la plaza de San Pedro estuvo presente su familiar lejano, el mandatario Graciano Moreno-Lange. Según *L'Osservatore Romano*, esa tarde hizo 15 grados y hubo muchas menos palomas de lo habitual.

Aunque los atentados se han recrudecido estos meses, en realidad no son nuevos. Empezaron en 2032, apenas cumplida la primera década del Gobierno. Alguna que otra bomba aislada, sin mayor repercusión. Lo que se sabe es que Cristo, Alfaro y Libertad se formó en protesta al régimen teocrático de Graciano, quien desde un inicio pretendió revivir el truncado ideal de su antepasado, e incluso más: exacerbarlo hasta las últimas consecuencias.

Los atentados se han desarrollado en distintos momentos, de forma aleatoria, sin un patrón reconocible, pero nunca hasta ahora durante el Día del Martirio del Beato, reconoció un analista político en los medios públicos. La mayoría de estos ataques se han dado en la capital. Ahí mismo se encuentra el convento de las Siervas Custodias y el Instituto de la

Misericordia. El uno queda a la vuelta del otro. Comparten la misma cuadra.

Josefina escribe el oficio encargado y sigue sin despegar los ojos del monitor. Tiene un protector de pantalla reseco por los años en cuyo marco superior, del lado derecho, se ve un *sticker* desgastado de la Restauración Graciana, el partido que llevó a Graciano a la presidencia.

Dicen que Graciano Moreno-Lange se inspiró en Constantinopla y Leningrado para renombrar a la capital que antes se llamaba Quito. Pero luego se dio cuenta de que ni «Gracianopla» ni «Gracianogrado» iban a sonar lo suficientemente impactante o varonil para su gusto.

Josefina ha terminado de redactar el oficio. El Dr. Vela está concentrado en una lectura. Empieza el piano de Michel Petrucciani. Según cuentan sus allegados, cuando el médico supo que aquel pianista de jazz medía apenas noventa y nueve centímetros debido a una anomalía congénita llamada osteogénesis imperfecta o huesos de cristal, sintió una mayor curiosidad por él y adquirió buena parte de los vinilos originales del siglo pasado. Los tiene todos ahí en su oficina. En el tocadiscos puede verse, de hecho, una de las grabaciones de Petrucciani con el sello Disques Dreyfus. Daba la impresión de que la presencia de esos discos era tan consustancial a la oficina como la del cuadro de la Dra. Anne Adams y la del mismo Dr. Vela dentro del Instituto de la Misericordia.

«Pasando unos días los médicos nos sacaban sangre. Desde la noche anterior no podíamos comer. Era una jeringa muy grande, y era enorme la cantidad que nos sacaban», lee el médico. Josefina entra a la oficina de su jefe y pone sobre el escritorio dos impresos del oficio con el sello del Instituto. Uno irá para la madre Brígida y el otro será el recibido que formará parte del archivo prolijo que lleva Josefina. Ella se retira y es posible apreciarle la joroba debajo de su blusa. Brilla gracias a la luz fluorescente del cielo raso.

«Quedábamos exhaustos porque ya estábamos muy débiles y hambrientos. Eso no detenía a *Der Doktor*. Él nos

acostaba y cuando nos recobrábamos nos sacaban sangre otra vez. Los médicos y las enfermeras eran también prisioneros y no intentaban evitarnos el dolor. Nos pinchaban sin cuidado. A menudo nos sentíamos mareados y vomitábamos mucho. Cuando volvimos al barracón nos derrumbábamos en las literas, pero, antes de recuperarnos, nuevamente éramos llamados para una nueva extracción», continúa leyendo el Dr. Vela.

El oficio autoriza el traslado de Miratis al convento, escoltado por una enfermera.

Miratis está en su cama con la mirada fija en el tumbado. Los mirones empiezan a arrastrar cuanto taburete, bacinilla, banco o lo que sea que esté a la mano para ganar unos centímetros más entre la multitud una vez que lleguen hasta la cama de Miratis. Otros no traen nada porque no lo necesitan, pero también se van acercando. Lo cierto es que todos gruñen, babean, jadean, a distintos ritmos e intensidades. La frente de Miratis suda. Su catre parece un altar de sacrificio en medio de un bosque que apesta a jarabe, heces y orina.

Sin que nadie se lo haya dicho, ya saben que él ha sido el elegido.

«Nunca nos pegaba o insultaba. Todos sabíamos de lo que él era capaz. Pero, a pesar de todo, cuando iba a nuestra habitación cambiaba de conducta, se calmaba, incluso era amable. Cuando estaba de buen humor la gente decía: va a ver a los enanos. Era una bestia amable. Siempre nos preguntábamos cómo un hombre como él podía haber llegado a ser un nazi. A menudo decía: con ustedes tengo trabajo para veinte años», se lee en el libro del Dr. Vela. Era el testimonio de Perla Ovitiz, judía rumana de Rozavlea, región de Transilvania, quien, al igual que seis de sus hermanos, vino al mundo con un tipo muy específico de enanismo, la pseudocondroplasia: si bien no afecta a todo el cuerpo, provoca que las extremidades sean cortas y combadas. Los siete eran integrantes de la Lilliput Troupe, uno de los actos de vodevil más exitosos de

Europa, hasta que en 1944 fueron capturados por los nazis y posteriormente llevados a Auschwitz.

¿Qué me miran?, pregunta Miratis inquieto, apoyando sus brazos sobre la cama.

Un calvo en silla de ruedas lo mira con el rostro tenso. Sus piernas son como bisagras dobladas a punta de martillo, condenado a moverse al compás de un tortuoso charleston que nunca eligió bailar. Enfermedad de Huntington, se lee en la carpeta que traen las enfermeras cada vez que van a buscarlo para darle sus medicamentos.

«No usábamos las letrinas, como los demás prisioneros. En vez de eso nos dieron unas bacinillas de bebés que ya habían muerto. También nos dieron un tazón de aluminio que teníamos que limpiar todos los días, porque a él le obsesionaba la limpieza. No nos afeitaron la cabeza porque nuestro cabello lo usaban para experimentos. Y nos dejaron usar nuestra ropa porque no había uniforme de nuestra talla. Supongo que debió sorprender a muchos prisioneros del campo de concentración vernos pasar con nuestros vestuarios, los mismos con los que solíamos presentarnos en escena. También nos dejó conservar nuestros instrumentos. Un día le canté una de sus canciones favoritas, *Come and make me happy*», sigue leyendo el Dr. Vela.

Babean, jadean, gruñen, escupen, hacen lo que más pueden con tal de no guardarse nada. A Miratis se lo ve apesadumbrado, sigue sudando y ahora tiembla ligeramente, como si esta vez fuera debido a las inyecciones, colirios y descargas eléctricas que cayeron sobre los dedos de sus pies por fallar en tres preguntas seguidas. Miratis mueve la cabeza y los observa con creciente desesperación. Como si quisiera que una hora transcurriera en cinco segundos, como si deseara que todos a su alrededor fueran parte de su imaginación.

Arriba de Miratis, y de todos sus otros compañeros que ocupan esa larga fila de camas miserables, se lee con letra negrísima manuscrita, en caligrafía Palmer, una de las frases más famosas del Beato Gabriel, repetidas por los docentes